Hijos de la promesa

“Ciertamente volveré a ti por este tiempo el año próximo, y Sara tu mujer tendrá un hijo”.

— Génesis 18:10 —

MUCHOS años después de que Dios lo llamara a irse de la región de Ur, Abraham recibió la orden divina de ir con su hijo Isaac a la región de Moria. Dios dijo: “Toma a tu hijo Isaac, el único que tienes y al que tanto amas, y ve a la región de Moria. Una vez allí, ofrécelo como holocausto en el monte que yo te indicaré”.— Gén. 22:2

Después de llegar a Moria, Abraham se preparó para ofrecer a su amado hijo en sacrificio como testimonio de su gran amor por Dios. Sin embargo, en el momento crucial, un ángel detuvo la mano de Abraham evitando que sacrifique a Isaac. (Vv. 11,12) Hablando en nombre de Dios, el ángel dijo: “Como has hecho esto y no me has negado a tu único hijo, tan cierto como que yo vivo —afirma el SEÑOR—, te bendeciré en gran manera, y que multiplicaré tu descendencia —como las estrellas del cielo y como la arena del mar. Además, tu descendencia conquistará las ciudades de sus enemigos. Puesto que me has obedecido, por medio de tu descendencia serán bendecidas todas las naciones de la tierra”.—Vv. 16-18

NO MEDIANTE LA LEY

Más tarde, los israelitas llegaron a entender su singular estado de nación según el Pacto instituido por Dios a través de Moisés en el monte Sinaí. Se confirmó que eran la semilla prometida y, como descendientes naturales de Abraham, eran los únicos herederos de todo lo que Dios le había prometido. (Éx. 6:2-8) Sin embargo, el apóstol Pablo explica: “En efecto, no fue mediante la Ley como Abraham y su descendencia recibieron la promesa de que él sería heredero del mundo, sino mediante la fe, la cual se le tomó en cuenta como justicia. Porque, si los que viven por la Ley fueran los herederos, entonces la fe no tendría ya ningún valor y la promesa no serviría de nada. La Ley, en efecto, trae castigo. Pero donde no hay Ley, tampoco hay transgresión. Por eso la promesa viene por la fe, a fin de que por la gracia quede garantizada para toda la descendencia de Abraham; esta promesa no es solo para los que son de la Ley, sino para los que son también de la fe de Abraham, quien es el padre que tenemos en común”.—Rom. 4:13-16

LA SEMILLA PROMETIDA

En los versículos anteriores, Pablo señala que la base de las promesas de Dios de una semilla no se basan en la Ley de Moisés sino en la fe de Abraham. El apóstol enseña además: “Pero no es que la palabra de Dios haya fallado. Porque no todos los descendientes de Israel son Israel; ni son todos hijos por ser descendientes de Abraham, sino que por Isaac será llamada tu descendencia. Esto es, no son los hijos de la carne los que son hijos de Dios, sino que los hijos de la promesa son considerados como descendientes. Porque la palabra de promesa es esta: Por este tiempo volveré, y Sara tendrá un hijo. Y no solo esto, sino que también Rebeca concibió melizos de uno, nuestro padre Isaac”.—Rom. 9:6-10

La semilla prometida que bendecirá a todas las familias de la tierra no es Isaac natural, porque él solo sirve de imagen de un Isaac espiritual superior. La verdadera semilla —Isaac espiritual— consistirá de los judíos y los no judíos. Durante esta Edad del Evangelio actual, esta semilla espiritual se engendra de una manera nueva y especial, así como Isaac natural se engendró mediante una promesa específica de Dios.

PROMESA EN MAMRE

La promesa a Abraham fue dada en Mamre y está registrada para nosotros: “Y el SEÑOR se le apareció a Abraham en el encinar de Mamre, mientras él estaba sentado a la puerta de la tienda en el calor del día. Cuando Abraham alzó los ojos y miró, había tres hombres parados frente a él. Al verlos corrió de la puerta de la tienda a recibirlos, y se postró en tierra”. Continuando, uno de los hombres dijo: “¿Dónde está Sara tu mujer? Allí en la tienda, les respondió. Y uno de ellos dijo: Ciertamente volveré a ti por este tiempo el año próximo, y Sara tu mujer tendrá un hijo. Y Sara estaba escuchando a la puerta de la tienda que estaba detrás de él. Abraham y Sara eran ancianos, entrados en años. Y a Sara le había cesado ya la costumbre de las mujeres”. “Pero Dios respondió: No, sino que Sara, tu mujer, te dará un hijo, y le pondrás el nombre de Isaac”.—Gén. 18:1,2,9-11; 17:19

Pablo proclama que el milagro y la promesa en relación con el nacimiento de Isaac invalida así la afirmación de los israelitas de un derecho exclusivo a la semilla prometida de Abraham. Ni la promesa a Abraham y Sara, ni el hijo que ella luego dio a luz, fueron producto de la Ley, sino productos de su fe en el poder de Dios. En su epístola a los hermanos hebreos, el apóstol hace énfasis en que Abraham, Sara e Isaac significaban que la salvación de toda la humanidad se logrará solo

mediante el elemento vital de la fe. Dijo: “Por la fe Abraham, al ser llamado, obedeció, saliendo para un lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber adónde iba. Por la fe habitó como extranjero en la tierra de la promesa como en tierra extraña, viviendo en tiendas como Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa, porque esperaba la ciudad que tiene cimientos, cuyo arquitecto y constructor es Dios. También por la fe Sara misma recibió fuerza para concebir, aun pasada ya la edad propicia, pues consideró fiel a Aquel que lo había prometido”.—Heb. 11:8-11

CONSIDERAR LA PROMESA

Al predicar el mensaje puro de la fe, Pablo sufrió una vigorosa oposición de los judíos que se habían convertido al cristianismo y enseñaban la obediencia a Cristo y a la Ley de Moisés. Argumentando contra esto, el apóstol alude a la promesa y el milagro correspondiente a Sara y el nacimiento de Isaac y pregunta: “Díganme, los que desean estar bajo la ley, ¿no oyen a la ley? Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos, uno de la sierva y otro de la libre. Pero el hijo de la sierva nació según la carne, y el hijo de la libre por medio de la promesa”.—Gál. 4:21-23

Pablo luego revela el significado simbólico de las esposas de Abraham. “Esto contiene una alegoría, pues estas mujeres son dos pactos. Uno procede del monte Sinaí que engendra hijos para ser esclavos; este es Agar. Ahora bien, Agar es el monte Sinaí en Arabia, y corresponde a la Jerusalén actual, porque ella está en esclavitud con sus hijos. Pero la Jerusalén de arriba es libre; esta es nuestra madre. Porque escrito está: regocíjate, oh estéril, la que no concibes; prorrumpe y clama, tú que no tienes dolores de parto, porque más son los hijos de la desolada, que de la que tiene marido”.—Vv. 24-27, *Nueva Biblia Estándar de los Estados Unidos (NASB)*

DOS PACTOS

Al nombrar a Agar, una sierva, y aludir a Sara, una mujer libre, Pablo hace referencia a dos de las esposas de Abraham. Estas son figuras, o símbolos, de dos pactos. Un pacto esclaviza mediante la carne y se caracteriza mediante Jerusalén literal. El otro pacto libera mediante el espíritu y se caracteriza mediante Jerusalén espiritual. Pablo dice que Agar representa el Pacto que obliga a quienes están bajo él a seguir ordenanzas que son incapaces de cumplir. Sara, por otro lado, representa un pacto de liberación en el que todos los que están bajo él están libres de las demandas de esas ordenanzas. El apóstol evita deliberadamente mencionar a Cetura, la tercera esposa de Abraham. (Gén. 25:1,2) Aunque Cetura puede implicar un tercer pacto, hubiera ampliado el alcance del tema de Pablo más allá de los dos puntos que está haciendo. Primero, el Pacto representa la esclavitud de Israel a una norma que mantuvo a quienes estaban bajo ella eternamente condenados. Segundo, hay otro pacto que, durante la Edad del Evangelio actual, representa la posibilidad de libertad de toda condena mediante Cristo.

EL PACTO DE SARA

Pablo declara que el pacto representado por la fiel Sara “es nuestra madre”. Por lo tanto, el pacto del que surgirá la semilla prometida puede designarse adecuadamente como el Pacto de Sara, o, como a veces se denomina, el aspecto de Sara del Pacto Abrahámico. Desde Pentecostés, los posibles miembros de la clase de semilla prometida surgen del poder del Espíritu Santo. Pablo identifica que esta clase de Isaac espiritual la semilla de la promesa, consta de Cristo y todos los que “son” de él durante la edad actual. “Ahora bien, las promesas fueron hechas a Abraham y a su descendencia. No dice: y a las descendencias, como refiriéndose

a muchas, sino más bien a una: y a tu descendencia, es decir, Cristo. ... Porque todos los que fueron bautizados en Cristo, de Cristo se han revestido... porque todos son uno en Cristo Jesús. Y si ustedes son de Cristo, entonces son descendencia de Abraham, herederos según la promesa”.—Gál. 3:16,27-29, *NASB*

Esos seguidores de Cristo que se mantienen fieles constituirán, con él, la verdadera semilla prometida — el Isaac superior— que bendecirá “todos los pueblos del mundo”. (Hechos 3:25) Estos fieles son los santos de Dios. Son engendrados, alimentados y completados dentro del vientre figurado del Pacto de Sara, que también se describe como un pacto de sacrificio. “Junten a Mis santos, los que han hecho conmigo pacto con sacrificio”.—Sl. 50:5

El apóstol les recordó a los judaizantes que el Pacto de sacrificio de Sara se predijo pictóricamente siglos antes y, aunque infértil durante mucho tiempo, con el tiempo daría una mayor cosecha que el Pacto del que los judíos eran tan celosa y erróneamente devotos. Dirigiéndose a los engendrados del Espíritu Santo de Dios, el apóstol indica directamente esta idea, diciendo: “Ustedes, hermanos, al igual que Isaac, son hijos por la promesa”. (Gál. 4:28) Así, Pablo no hace referencia a la promesa dada en la región de Moria (Génesis 22) que corresponde a Abraham, sino a la promesa dada en la región de Mamre (Génesis 18) que corresponde a Sara dando a luz a Isaac, un hijo de la promesa.

LA SIERVA ECHADA

En su epístola a los gálatas, Pablo continúa oponiéndose a las enseñanzas de los judaizantes. Habla de la historia de conflicto dentro de la familia de Abraham, en la que el hijo de la carne, Ismael, persiguió al hijo más pequeño, Isaac, que había sido engendrado por el poder de Dios. Esto dio lugar a que se eche al hijo de

la carne y a su madre Agar. El apóstol dice: “Pero así como entonces el que nació según la carne persiguió al que nació según el Espíritu, así también sucede ahora. Pero, ¿qué dice la Escritura? Echa fuera a la sierva y a su hijo, pues el hijo de la sierva no será heredero con el hijo de la libre. Así que, hermanos, no somos hijos de la sierva, sino de la libre”.—Gál. 4:29-31; Gén. 21:9,10

UNA CREACIÓN ESPECIAL

Isaac fue engendrado y nació en circunstancias extraordinarias. Fue una creación especial del poder de Dios sobre el vientre de Sara. Pablo deja en claro que así también será con Isaac espiritual. Esta clase espiritual de judíos y no judíos, con Jesucristo a la cabeza, surge por el poder de Dios. (Gál. 3:28) Se alimenta y desarrolla una marcadamente “nueva creación” dentro del vientre protector del Pacto de Sara. (2 Cor. 5:17, Versión estándar en inglés) Surgida en la primera resurrección, primero la cabeza que es nuestro Señor Jesús y luego los miembros fieles de su “cuerpo”, la semilla espiritual completada bendecirá a toda la humanidad durante el reino mesiánico de Cristo. (1 Cor. 12:12,27; Col. 1:18; Ap. 20:6) Pablo indica que, por lo tanto, Dios “sometió todas las cosas al dominio de [Jesús] y lo dio como cabeza de todo a la iglesia. Esta, que es su cuerpo, es la plenitud de aquel que lo llena todo por completo”.—Efe. 1:22,23

EL CRISTO

La clase de Isaac superior será una semilla espiritual colectiva conformada no solo de judíos sino de todas las naciones que tienen la fe de Abraham. Estos hermanos engendrados espiritualmente en Cristo son la fruta prometida de un vientre simbólico: el Pacto de libertad de Sara. Será dentro de este vientre metafórico que Cristo, cabeza y cuerpo, surgirá para bendecir a to-

das las familias de la tierra con un “Nuevo Pacto”. (Jer. 31:31-34) Esto puede estar bien representado mediante la tercera esposa de Abraham, Cetura, señalando un pacto que se mediará entre toda la humanidad durante los miles de años del reino mesiánico.—Heb. 12:24

El Pacto Abrahámico “amplio” sostiene la promesa de bendición a todas las naciones de la tierra mediante esa semilla espiritual una vez que surja del Pacto de Sara. Todo lo que correspondía a Isaac como el hijo de la promesa dependía de la creencia de Sara de que era posible para Dios hacer lo que había prometido. Asimismo, el Isaac superior (Cristo, cabeza y cuerpo) engendrado y concebido durante la edad cristiana actual, nacerá gracias a la fe para el beneficio eterno de todos.—Efe. 2:6-9; 1 Juan 5:4

“Dichosos y santos los que tienen parte en la primera resurrección. La segunda muerte no tiene poder sobre ellos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con él mil años”. (Ap. 20:6) “Este es el pacto que después de aquel tiempo haré con el pueblo de Israel, afirma el Señor. Pondré mis leyes en su mente y las escribiré en su corazón. Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Ya no tendrá nadie que enseñar a su prójimo; tampoco dirá nadie a su hermano: ¡Conoce al Señor!, porque todos, desde el más pequeño hasta el más grande, me conocerán”.—Heb. 8:10,11